



TRIBUNA • MERCEDES GARCÍA MONTERO (\*)

## La difícil salida a la crisis venezolana

EN 1999 Hugo Chávez llegaba al poder tras ganar las elecciones presidenciales de 1998 inaugurando en la región latinoamericana el llamado "giro a la izquierda" coincidente con un período de bonanza económica favorecida por el precio en el mercado de las materias primas. Este contexto económico favorable fue perdiendo fuerza a partir de 2012, con la caída del precio de las materias primas.

La victoria de Hugo Chávez, explicada por los estudiosos del caso venezolano por el colapso del sistema de partidos, el mal funcionamiento del sistema y el desencanto de gran parte de la población, puso el foco de atención en su estilo de gobernar y en las decisiones adoptadas reviviendo el debate en torno al concepto de populismo, muy presente en América Latina para abordar algunos de los liderazgos políticos que caracterizaron el siglo XX. De modo que los adjetivos que fueron utilizados para calificar su liderazgo como caudillista, mesiánico así como la descripción de sus acciones dando centralidad al Estado y su capacidad redistributiva con el control de la renta petrolera, utilizando la apelación emotiva a la identidad con el pueblo y la confrontación con los sectores de la denominada oligarquía en una dicotomía entre los que apoyaban al gobierno y los que estaban en contra ("escuálidos") no resultaron extraños.

La concentración de la autoridad y del poder fue avallada por diferentes reformas institucionales, desde la aprobación de una nueva constitución en 1999, hasta las reformas conducentes a permitir la reelección indefinida pasando por la patrimonialización del Estado rentista en función del apoyo político. Estos hechos también hicieron que entre los académicos se resaltara el hiperpresidencialismo, el personalismo del proyecto y la polarización que generaba. Durante dos décadas, el proyecto fue legitimado en procesos electorales sufriendo contadas derrotas que pusieron en evidencia la incapacidad de la oposición, tanto de izquierda, derecha como la conformada por los desertores del chavismo, de hacer un frente unido, sólido y cohesionado capaz de concitar el apoyo ciudadano para derrotar al chavismo.

Tras la muerte de Hugo Chávez en 2013, su sucesor, Nicolás Maduro, llega al poder en un contexto, tanto económico como político, desfavorable a lo que se une que el apoyo popular se fue debilitando. Este debilitamiento es producto no solo de que Maduro no cuenta con la capacidad de liderazgo de su antecesor sino también por las enormes carestías provocadas por la catastrófica situación de la economía y su manejo, el empobrecimiento y la inseguridad ciudadana que ha provocado uno de los mayores éxodos del continente. Maduro ha tratado de hacer frente a esta situación de emergencia social incrementando el control y las acciones estratégicas para mantenerse en el poder en un escenario donde los contrapesos al Poder Ejecutivo son muy débiles y utilizando una retórica que culpabiliza al bloqueo y a los "enemigos de la patria". A su vez, el país iba cayendo en todos los índices que miden la calidad de la democracia hasta ser situado como régimen autoritario por el *Intelligence Unit's Democracy Index* de *The Economist*.

Los años 2014, 2016 y 2017 fueron años de gran conflictividad social y política. En 2014 los conflictos se cobraron 40 muertos y terminaron con el fracaso de las conversaciones entre el gobierno y la oposición promovidas por la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). En 2016 las protestas se sucedieron por los obstáculos impuestos por el Poder Judicial y el Electoral, controlados por el gobierno, a la iniciativa de la oposición de realizar un Referendo Revocatorio Presidencial. Esta iniciativa fue posible dada la derrota de Maduro en las elecciones legislativas de 2015, donde la oposición logró 112 escaños de los 167 que conforman la Asamblea Nacional. De nuevo la Mesa de Diálogo impulsada por el Vaticano y

UNASUR, donde participó, además, de un emisario del Papa y de los delegados de UNASUR, el expresidente español José Luis Rodríguez Zapatero, fracasó. En 2017 las protestas se cobraron 163 muertos según el Observatorio Venezolano de Conflictividad Social (OVCS) motivadas

### Es, sin duda, un retroceso el lenguaje belicista desplegado tanto por Donald Trump en alusión al conflicto venezolano como por Maduro y su apelación al ejército y a las milicias bolivarianas

por la reacción a la decisión del Tribunal Supremo de Justicia de declarar en desacato y despojar de sus competencias a la Asamblea Nacional. Maduro convocó elecciones ese mismo año a una Asamblea Nacional Constituyente que dio lugar a, cuanto menos la extraña situación vigente en términos democráticos, de que dos Asambleas compartan el mismo edificio. Las violentas movilizaciones dieron lugar a una tercera Mesa de Negociación propiciada por el Presidente dominicano de la cual tampoco salieron acuerdos.

En 2018, la

Asamblea Nacional Constituyente solicitó el adelanto de las elecciones presidenciales que se llevaron a cabo en mayo y que han sido cuestionadas por distintos organismos internacionales. Este es el contexto que acontece al histórico mes de enero de 2019 donde se han precipitado una serie de acontecimientos críticos: el día 5 el diputado Juan Guaidó jura su cargo como Presidente de la Asamblea Nacional, el día 10 toma juramento ante el Tribunal Supremo de Justicia como Presidente de la República Nicolás Maduro con la ausencia de representantes de la Unión Europea, Estados Unidos y de destacados países del Grupo de Lima que no reconocen la reelección de Maduro. Finalmente, el día 23 se autoproclama Presidente interino del país Juan Guaidó apelando a la usurpación del poder por parte de Maduro y basándose en dos artículos constitucionales. A esta autoproclamación se sucede el reconocimiento "inmediato" como presidente de Estados Unidos al que seguirán 11 de los 14 países que conforman el Grupo de Lima y 19 países de la Unión Europea, tras el plazo dado a Maduro para la convocatoria a elecciones. En el lado contrario, países como Rusia, China, Turquía, Cuba, Bolivia y Nicaragua denuncian la injerencia internacional. Por su parte, México y Uruguay abogaron por una salida negociada, puesta en marcha por la Alta Representante de la Política Exterior de la Unión Europea, Federica Mogherini y el presidente de Uruguay, Tabaré Vázquez, a través del Grupo de Contacto Internacional sobre Venezuela (ICG).

Es difícil aventurar cuál será la salida a esta crisis pero quiero llamar la atención sobre tres puntos que han marcado la historia política de América Latina y que están presentes en este conflicto: la relación entre el Ejecutivo y el Legislativo, el papel de los militares y la posición hegemónica de Estados Unidos. Obviamente, con ello no quiero despreciar otros elementos que han coadyuvado a esta situación.

La forma de gobierno presidencialista, característica de América Latina, que establece la elección separada, por un lado, del Presidente y, por otro, del Parlamento configura dos poderes con soberanía popular y no ofrece incentivos institucionales a la cooperación entre ambos en escenarios de separación de propósitos políticos. Este argumento, muy conocido por los estudiosos de la teoría política, cobró relevancia gracias a las publicaciones de Juan Linz durante los procesos de transición abiertos a finales de la década de 1980 en la región latinoamericana. Si bien la forma de gobierno no es la variable que explica todas las caídas de los gobiernos, sí ayuda a entender algunas de las crisis generadas por conflictos abiertos entre presidentes que no han contado con el apoyo del Legislativo en los últimos años en la región.

Uno de los elementos en los que se ha puesto el foco de atención en esta crisis es quién tiene el control del ejército. El papel de los militares en América Latina ha sido clave en el sostenimiento de las dictaduras características del siglo XX. Un gran avance de las últimas décadas de siglo pasado y del presente es la resolución civil y democrática de los conflictos. Por tanto es, sin duda, un retroceso el lenguaje belicista desplegado tanto por Donald Trump en alusión al conflicto venezolano como por Maduro y su apelación al ejército y a las milicias bolivarianas.

Por último, Estados Unidos mantuvo un papel relevante en algunos de los golpes de estado que derrocaron a gobiernos democráticos en la región latinoamericana en las décadas de 1970 y 1980 y también proveyó sustento logístico y económico a gobiernos dictatoriales. Este pasado, junto con su participación en conflictos donde el control de recursos naturales como el petróleo, explica las reticencias o el temor a que Venezuela se convierta en un nuevo Irak.

Si bien las voces que llaman a la salida pacífica de la crisis son mayoritarias, el fracaso de las anteriores negociaciones no parecen ser un buen augurio y muestran las enormes dificultades en un clima de total desconfianza entre los partidarios de Maduro y de Guaidó. No obstante, esta salida es, sin duda, la más conveniente para evitar más sufrimiento al pueblo venezolano.

(\*) DIRECTORA DEL INSTITUTO DE IBEROAMÉRICA (UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

